



## NATURALEZAS MUERTAS

**MATTHEW MCCASLIN**  
**INSTALACIÓN**  
 GALERÍA JAVIER LÓPEZ, MADRID  
 C/ JOSÉ MARAÑÓN, 4  
 HASTA EL 28 DE OCTUBRE

### ÓSCAR ALONSO MOLINA

Las obras por las que el neoyorquino Matthew McCaslin (Bayshore, 1957) se dio a conocer internacionalmente hace más de una década estaban contruidas por ensamblajes en parte muy ordenados, en parte de apariencia gratuita, entre diversas piezas de carácter industrial: material eléctrico de variada procedencia, motores y máquinas, relojes, luces, monitores, ventiladores, cables... En lo más profundo de aquellos bazarros montones latía -dicen- cierta irónica alegoría acerca de nuestra particular relación con la Naturaleza y el estado primordial de cuanto nos rodea -seres, pero, sobre todo, enseres-, que en el presente parece entendido, definitivamente, como pura construcción cultural, cada día más lejana del supuesto original edénico.

Esta ambivalente añoranza del Paraíso Perdido, entre la nostalgia y su sustitución tecnológica, llevó a McCaslin a memorables recreaciones de un espacio ultra-estético donde reconciliarse con momentos idealizados del mítico estupor primigenio que se abre ante la experiencia sensible. Así ocurrió, por ejemplo, en su conocida instalación realizada en colaboración con su colega francés

Christian Boltanski titulada *Bloomer* (1995), donde un jardín electromagnético en penumbra, realizado con materiales de desecho provenientes de la construcción, contenía el exótico canto de cigarras grabado en distintas islas del Pacífico.

**DESDE EL ANDAMIO.** Conviene recordar aquí cómo este artista estadounidense, licenciado en Bellas Artes por la Parsons School of Design a comienzos de los ochenta, se ganó la vida en la construcción como técnico electricista durante sus años de estudiante y mientras realizaba su carrera. Ni que decir tiene que su familiaridad con muchos de esos materiales que después pasaron a integrar parte sustancial de su obra arranca de entonces. A partir de ellos, con la electricidad latiendo como metáfora nerviosa y zigzagueante capaz de enhebrar las redes del mundo contemporáneo y los sistemas de comunicación masivos, McCaslin habla a menudo de esas invisibles infraestructuras que sostienen poco menos que sobre el vacío nuestra existencia cotidiana.

**EL RESULTADO ROZA LA DECORACIÓN HIGIÉNICA DE CUALQUIER LOCAL «COOL», PERO TRAS SUPERARLO CON ESFUERZO, AL FINAL UNO NO QUIERE SINÓ RETIRARSE A SOÑAR CON LAS ESTRELLAS**

La tecnología, o más propiamente su apariencia -pues en verdad las necesidades técnicas de McCaslin no han exigido nunca competencias exageradas a su instrumental-, se carga en estos trabajos de un potencial poético capaz de alumbrar el mundo más allá de la mera lectura formal. La técnica, pues, se erige como el modelo más audaz para leer las claves de interpretación estética de nuestro presente. Tal propuesta se ve acentuada con la sofisticación que alcanzan sus trabajos más recientes, cada día más preocupados por presentarse bajo el signo de la elegancia y la extrema cordialidad emocional para con el espectador. De este modo, aquella retórica abigarrada de sus primeras construcciones, un tanto botarates, donde parecía aludirse con ingenuidad a lo intrincado de todo cuerpo orgánico evolucionado, cede paso recientemente a una puesta en escena mucho más depurada. Gracias a este paso se destaca ahora con toda naturalidad su habitual simplicidad textual, que, paradójicamente, resulta por ello más efectiva que nunca.

Para esta cuarta presentación madrileña en solitario (la primera hace siete años; la última, tres) ha preparado una instalación pensada ex profeso para la galería. Allí, entre la sugerencia a un paisaje abstracto realizado ingenua y desafortunadamente con montones de esos «gusanos» de polispán relleno de embalaje que se usa en el transporte de objetos frágiles, ocho pantallas emiten de continuo

**EL ESPACIO DE JAVIER LÓPEZ HA SIDO LITERALMENTE TOMADO POR MCCASLIN CON SU ÚLTIMA INTERVENCIÓN PARA LA GALERÍA**

secuencias entrecortadas del espacio exterior y de su conquista en la exploración espacial, entre las ondas de una hipnótica banda sonora.

**¡AHÍ ES NADA!** «Matthew McCaslin -advierte con impunidad la nota de prensa- parece querer llevarnos a una reflexión sobre la inmanencia del mundo como circunstancia humana, y el subsiguiente reconociendo del tiempo como único horizonte de realización de nuestras posibilidades. A pesar de nuestra aspiración de simbolismo, el universo, construido por el tiempo y su contrapuesto, el espacio, no trasciende la realidad, sino existe en y a través de ella -y nosotros con él-». ¡Ahí es nada!

Menos pretenciosamente -espero-, a este crítico le parece que, a pesar de todo, McCaslin ha conseguido un espacio de tenues vibraciones metafóricas, y discreta pero constante tensión emocional. Y que lo ha logrado a base de poner en juego con inteligencia suficiente un número reducido, aunque convincente, de recursos de índole formal con los que traba esta deliciosa ambientación: evocadora en su propensión a la somnolencia, *naïf* en su voluntad *high-tech*; bien ritmada, ligera, clara, intrascendente y bonita... El resultado roza la decoración abstracta e higiénica de cualquier local *cool*, es verdad, pero tras superarlo no sin cierto esfuerzo, al final uno ya no quiere otro *gin tonic*, sino retirarse y empezar a soñar con las estrellas. Y eso, sin duda, es un mérito exclusivo del (buen) arte. ■